

UN VIAJE PERSONAL POR LA ANTROPOLOGÍA

Mónica Tarducci *

Resumo

En este trabajo propongo continuar con las reflexiones sobre la antropología feminista en América Latina, que hemos estado intercambiando con las colegas a partir del I Coloquio Latinoamericano de Antropología Feminista que tuvo lugar en Buenos Aires (Argentina) en 2013 y que nos vuelve a reunir en México en 2015.

Una de las tensiones que a mi entender se encuentran presentes en nuestra práctica, como profesoras y como investigadoras, es nuestra relación con el movimiento feminista del que formamos parte. En ese sentido, me interesa discutir mi experiencia personal como académica feminista que interviene -como activista y antropóloga- en la esfera política y las tensiones y alegrías que esa relación me provoca.

Palavras - chave: antropología feminista; academia; activismo; investigación; esfera política

Abstract

In this paper, I propose to further the dialogue about feminist anthropology in Latin America that we have shared since the first Symposium of Feminist Anthropology in Latin America, held in Buenos Aires (Argentina) in 2013, and our second meeting in México in 2015.

I believe that one of the tensions that characterizes our practice, as teachers and researchers, is our relationship with the feminist movement. In that sense, I want to discuss my personal experience as a feminist academic who is involved -as an activist and anthropologist- in the political sphere, particularly the tensions and pleasures that are derived from this experience.

Key – words: feminist Anthropology; academy; activism; research; political sphere

* Doctora en Antropología por la Universidad de Buenos Aires donde actualmente es profesora e investigadora. Directora del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de la Facultad de Filosofía y Letras de la misma casa de estudios. Profesora regular de la Universidad Nacional de San Martín. Coordinadora de la Maestría en Poder y Sociedad desde la Problemática del Género de la Universidad Nacional de Rosario. Ha investigado sobre género y religión; parentesco y adopción; movimientos feministas. Su proyecto actual es sobre género y emociones en la participación.

INTRODUCCIÓN

En un artículo aparecido en el libro que recoge las presentaciones del I Coloquio Latinoamericano de Antropología Feminista (Tarducci, 2014) hice referencia al desarrollo de la antropología feminista en Argentina. Para ello fue necesario ubicar esta trayectoria en la tardía creación de la carrera y las vicisitudes de la universidad argentina entre cortos períodos constitucionales y continuos golpes de estado cívico-militares. En ese sentido, las primeras manifestaciones de “antropología de la mujer” tuvieron lugar a partir del II Congreso Argentino de Antropología Social en 1986, tras la recuperación de la democracia.

En los años que siguieron, pasamos de la burla de los colegas a una consolidación ganada con mucho esfuerzo que esperamos se continúe con las jóvenes formadas por nosotras -de alguna manera las pioneras-; comprobando así, con alegría, que ellas han realizado el camino inverso al nuestro: su feminismo surgió en los claustros universitarios y hoy se hace sentir en las calles.

Mención especial merece la constitución de la Colectiva de Antropólogas Feministas (CAF) de la que daré cuenta más adelante, en esto que pretendo que sea un relato vivencial y cronológico sobre un viaje intelectual y político.

LA PROFESORA FEMINISTA

Cuando a partir de diciembre de 1983 se fueron recomponiendo las instituciones democráticas, las feministas sentíamos, llenas de esperanzas, que era un ambiente propicio para plantear nuestras demandas. Salimos de las pequeñas reuniones y tomamos las calles mientras, como en mi caso, finalizamos la carrera universitaria. Todo estaba por hacerse, desde cambiar leyes incompatibles con un Estado de Derecho, como la que impedía el divorcio vincular u otorgaba la Patria Potestad exclusivamente al padre, hasta derogar la que impedía el acceso a los anticonceptivos.

Estábamos ansiosas por conocer, por aprender, tanto de artículos teóricos - distribuidos de mano en mano,

fotocopiados y muchas veces en versiones traducidas no muy confiables- como de experiencias tales como la participación en los Encuentros Feministas Latinoamericanos y del Caribe, realizados desde el año 1981 en diversas ciudades de nuestro continente y que constituyeron espacios de conocimiento, intercambio y vivencias emocionales muy estimulantes. Volvíamos a los entornos cotidianos en que los transcurrían nuestras vidas llenas de ideas y fuerzas renovadas para continuar la lucha colectiva.

Terminé de cursar antropología a la vez que me informaba, gracias a amigas como Adriana Piscitelli, de la existencia de un vasto campo de estudios feministas. Recuerdo mi primer trabajo como profesora en 1985 en los recién implementados Contenidos Básicos Comunes de la Universidad de Buenos Aires, los denostados CBC, un período de un año de duración, compuesto por cursos obligatorios para quienes ingresaban a la universidad, cualquiera fuera la disciplina elegida.

Una de las asignaturas de ese ciclo era Antropología, cuya titular en la primera entrevista conmigo, escuchó sin sobresaltos que me iba a dedicar a la “antropología de la mujer”. La experiencia del CBC fue rica no sólo por el contacto con alumnas y alumnos de distintas carreras, sino porque me daba la oportunidad de mostrar el sesgo sexista en la ciencia, la educación y la vida cotidiana.

Así, mi vida académica desde sus inicios estuvo signada por lo que en ese entonces era una extravagancia en nuestro país: los Estudios de la Mujer y poco después de “género”.

He hecho referencia en varias oportunidades a la Mesa de Antropología de la Mujer, coordinada por Estela Grassi en el II Congreso Argentino de Antropología Social, llevado a cabo en Buenos Aires en 1986 (Tarducci, 2010, 2014).

Luego tuve la oportunidad de ser profesora en la recién creada Facultad de Ciencias Sociales de la ya existente Universidad Nacional del Centro, situada en Olavarría, a 350 km de distancia de la ciudad de Buenos Aires. El hecho de ser feminista despertaba curiosidad y como todo estaba por hacerse tuve oportunidades que, tal

vez, no hubiera tenido en instituciones más añejas y burocráticas¹.

Desde el primer momento me propuse incidir en los contenidos de las dos asignaturas que dictaba, Fundamentos de Antropología e Historia de la Teoría Antropológica, a la vez que investigaba, formaba recursos humanos y creaba un Programa Permanente de Estudios de la Mujer con la historiadora Susana Bianchi. Varias de esas chicas y chicos son hoy activistas e intelectuales que me enorgullecen.

Mientras tanto seguía siendo una militante feminista que intervenía en los debates y acciones del movimiento y eso impactaba positivamente en mis alumnos y alumnas, que sentían que mis conocimientos no eran sólo teóricos, era (y soy) una profesora con “calle”. No quería ser, en palabras de Costa y Sardenberg (1994), una “genérica”; siempre me pareció importante incorporar los saberes e información adquiridos por pertenecer activamente al movimiento feminista, me refiero a las discusiones políticas, los documentos de grupos y campañas, proyectos de ley o políticas públicas.

Estoy orgullosa de formar parte desde 1993 de la *Maestría Poder y Sociedad desde la Problemática de Género* de la Universidad Nacional de Rosario, un proyecto impulsado por Hilda Habichayn, una académica y activista feminista de esa ciudad, que junto a otras científicas sociales había creado el Centro de Estudios Históricos de las Mujeres, luego CEIM (Centro de Estudios Interdisciplinarios de las Mujeres) en la Facultad de Humanidades y Artes de dicha universidad. Es un placer recibir a las alumnas en el primer seminario del plan de estudios, que trata la historia del movimiento feminista.

Cuando regreso a la Universidad de Buenos Aires, en el año 2000, ya contaba con una experiencia muy amplia como profesora y con antecedentes curriculares importantes como para intentar ganar espacios para la “causa”. Comenzamos con seminarios temáticos

optativos. Luego, nuestro Seminario Anual de Investigación² con perspectiva de género dentro de la Carrera de Antropología, en la Facultad de Filosofía y Letras, nos permitió formar a jóvenes antropólogas, así como en la actualidad dictar una materia optativa “Antropología de género” que en los dos años de existencia ha convocado a una cantidad asombrosa de cursantes.

En mi largo recorrido como docente, he dictado seminarios de antropología feminista, de antropología del parentesco, de historia del feminismo, tanto de grado como de posgrado en Antropología (como la Maestría en Antropología Social de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires) así como en otras carreras.

En el año 2005 me hice cargo de la dirección de un posgrado en estudios de familia, en la Universidad de San Martín, cuyos contenidos reformulamos incorporando la imprescindible mirada feminista.

Aprovecho esta instancia para discutir la “cuestión del nombre”, es decir, cómo denominamos a los espacios de enseñanza e investigación. Creo que esta cuestión tiene que ver ineludiblemente con nuestra capacidad de negociación, nuestras trayectorias y nuestros vínculos político-institucionales. Personalmente me gustaría que aparezca siempre la palabra “feminista” en todo lo que hacemos, sin dejar de reconocer y utilizar la categoría género que me parece fundamental; pero cada una sabe qué le conviene más.

El problema es otro, y tiene que ver con nuestro compromiso como feministas más allá del nombre que le pongamos a las cosas que hacemos. No concibo que se pueda enseñar “género” sin mostrar la relación del concepto con las prácticas políticas que lo crearon y que hacen posible que nosotras estemos dando estos temas en la Universidad. Es doloroso comprobar que muchas profesoras son expertas en “género” y desconocen tanto la historia como la actualidad del movimiento feminista.

Para mí, ser una académica feminista es estar relacionada con el movimiento feminista local y regional y poder recurrir a los acontecimientos para

¹ Un alumno, que trabajaba en el canal de televisión local, me hizo una entrevista que me hizo popular, lo que decidí al decano a ofrecerme una materia introductoria porque -según él- yo “iba a atraer alumnos”. Así fue como dicté la asignatura Fundamentos de Antropología, obligatoria para quienes cursaban las carreras de Antropología y de Comunicación Social.

² El impacto de ese seminario en alumnas y profesoras está relatado en Tarducci y Daich (2011)

reflexionar desde lo teórico. Alguien que puede hacerle sentir al alumnado las pasiones, desencuentros y las distintas opciones y conflictos que tenemos como colectivo (Tarducci, 2010).

Estar en contacto con el movimiento nos obliga a tomar partido, a involucrarnos en polémicas, a enfrentarnos a disensos generacionales y también a mezquindades, porque no estoy idealizando el ámbito activista, que es complejo y contradictorio.

En ese sentido, la Colectiva de Antropólogas Feministas³, creada por jóvenes que se formaron conmigo, es un espacio de activismo que realiza acciones dentro y fuera de la Universidad, comprometiéndose en diversas actividades políticas. Somos convocadas a charlas, conferencias, capacitaciones, entrevistas, sobre distintas problemáticas que hacen a la vida de las mujeres y estamos presentes en marchas y manifestaciones callejeras visibilizándonos con carteles específicos. Formamos parte de la Campaña Nacional por el Aborto Legal, Seguro y Gratuito, participamos en comisiones que tratan temas urgentes como la prisión de la militante social Milagro Sala, entre otras. ¿Intervenimos como activistas, o intervenimos como antropólogas? ¿En la práctica política, es posible separar ambas identidades?

UNA FEMINISTA INVESTIGA

Mucho se ha hablado de la relación entre la etnógrafa feminista y sus sujetos a investigar, como bien lo reseña y comenta Martha Patricia Castañeda Salgado (2008, 2012).

Estoy de acuerdo con quienes opinan que si algo hay de distintivo en la investigación feminista es que es llevada a cabo por mujeres (casi exclusivamente) y para las mujeres. Es una epistemología y una metodología que rechaza de plano la separación entre lo político y lo personal, entre pensamiento y emoción; recuperando, en todo momento del proceso de investigación, las experiencias de las mujeres. (Tarducci y Daich, 2011).

³ Se puede consultar la página web de las CAF en www.feministasantropo.com.ar y en el Facebook <https://www.facebook.com/antropofem?ref=hl>

Ahora bien, ¿quiénes son esas mujeres que investigamos? En general enfrentamos lo que Castañeda Salgado denomina el “shock cultural”, que no se refiere únicamente a los cuestionamientos que trae consigo el contacto con “otras culturas”, sino también a las diferencias de clase y formación intelectual pocas veces compartidas entre la antropóloga y las mujeres con quienes se pretende establecer relaciones de comunicación y confianza. (Castañeda Salgado, 2012, p.222)

En mi caso, las investigaciones llevadas a cabo tanto en el ámbito de las políticas antipobreza en los años noventa del siglo pasado, como la investigación sobre las mujeres pentecostales que permitieron doctorarme, reúnen esas características que constituyen a los sujetos a investigar como unas “otras”.

En este último caso eran unas “otras” que me impacientaban, que tenían un discurso dogmático y reiterativo y que anhelaban convertirme. Ir comprendiendo ese mundo no sólo me enfrentaba a mis propias contradicciones, también a una gran soledad. En ese momento, en Argentina, muy pocas estudiosas de la problemática de género estaban interesadas en los estudios de religión, ninguna en fundamentalismo protestante y menos aún entendían que encontrara cosas “positivas” en la adscripción de las mujeres a la nueva religión. Por otro lado, los y las especialistas de estudios de religión, salvando honrosas excepciones, me veían como algo exótico por ser feminista, y por algo más exótico aún, por no ser creyente, en un área del conocimiento en la que la inmensa mayoría lo es (Tarducci, 2004).

En el transcurso de mi trabajo de campo me di cuenta de que debía alejarme también de la mirada romantizada, muy común en la investigación feminista, esa mirada que exalta el poder de negociación y empoderamiento de las mujeres aún en los contextos más opresivos.

Más adelante, cuando investigué la adopción de niñas y niños en la provincia fronteriza de Misiones, famosa por el “tráfico de niños”, tenía ante mí la interacción etnográfica de dos grupos muy diferenciados. Por un lado, las mujeres muy humildes que daban sus niños y niñas en adopción y, por el otro, las demás personas

que intervenían en la operación: las madres adoptivas y quienes formaban parte de la burocracia legal (abogados y abogadas, trabajadoras sociales, psicólogas, médicos) así como quienes oficiaban de “intermediarios” entre ambos grupos de parentesco involucrados.

¿Por qué separo de este modo a las y los actores involucrados? Porque para mí, la empatía y la solidaridad estaban con las mujeres que daban sus hijos en adopción, las más estigmatizadas, las que habían pasado en pocos años de no tener existencia a ser las *malas madres*, las que *venden sus hijos*, las que *se quedan embarazadas para venderlos*, eran las incubadoras ignorantes y perversas que con su accionar facilitan el negocio de la adopción. Los medios de comunicación las mostraban y las muestran en toda su indefensión, como sucede con los sectores más excluidos de la sociedad, que quedan expuestos a la publicidad impiadosa de sus vidas cotidianas.

Como relato en Tarducci (2011) el acceso no fue fácil: habían pactado o ya entregado a sus bebés y yo era una extraña que quería indagar sobre una acción de la que se avergonzaban. En las entrevistas y conversaciones con ellas me encontraba con un discurso armado, en la mayoría de los casos, para ser escuchado en los juzgados y que apelaba invariablemente a la pobreza como justificativo para dar un hijo en adopción.

Siguiendo a Fonow y Cook (2005) afirmo que ser feminista e investigar implica un compromiso con el cambio social y la justicia, lo que permite una interacción diferente con nuestras sujetas de estudio. En este caso, hizo posible que surgiesen narraciones de las mujeres que quebraron el discurso armado para los funcionarios judiciales. Aparecieron, entonces, relatos donde la maternidad estaba asociada, en muchos casos, a la irresponsabilidad y el abandono de sus compañeros, a la presencia de la violencia y relaciones sexuales forzadas, a la falta de información y de acceso a la salud y al disfrute de sus derechos sexuales y reproductivos.

Escuchando de manera sensible a las mujeres, surgió la necesidad de dar a conocer que cuando se analiza la problemática de la adopción en ese contexto, nadie quiere pensar en la existencia de mujeres para quienes

la maternidad no es una opción; maternidad que -como he comprobado en el trabajo de campo- pudo tener su origen en la violencia, en el desconocimiento por parte de las mujeres de su propio cuerpo, en un descuido que no puede ser reparado a tiempo, en fin, en cuestiones que hacen a la desigualdad entre hombres y mujeres y que transforma el ejercicio de la sexualidad en un riesgo.

Pero todo eso, que para mí como feminista es fundamental, pareciera que no es importante en un país que penaliza el aborto y en el que muchos médicos se niegan a realizar el que es no punible y donde la Ley de Educación Sexual Integral no se cumple como debiera.

Incluso cuando presentamos el libro (Tarducci, 2011b) producto de esa investigación sobre la adopción, hasta una de las personas que habló desde el panel tergiversó muchas de mis ideas expresadas en él, para así adaptarlas al sentido común producido por el periodismo que habla de la “venta de bebés” y del “tráfico de niños”; ajustando al lenguaje actual lo que son tradicionales maneras de circulación de criaturas. Como sucede con otros temas que forman parte del discurso habitual de los medios de comunicación y de la militancia, muchas veces las investigaciones que hacemos entran en colisión con ellos. Se hablaba de cifras enormes de bebés traficados, que ameritaban nuestra intervención para declarar una “emergencia nacional”, y no se quería escuchar ni leer los resultados de nuestra investigación que no desconocía el problema, pero que lo contextualizaba y lo complejizaba de otra manera.

NO SON OTRAS, SON COMO NOSOTRAS

Desde hace un tiempo estoy dedicada a la reconstrucción de la historia del movimiento feminista que resurge en Buenos Aires en los años ochenta del siglo XX. Me interesa rescatar las voces de sus participantes y comencé por una parte de del movimiento: el lesbianismo militante (Tarducci, 2014).

Esta vez el desafío es otro ya que no existe la disparidad entre investigadora y sujetos de investigación. En ese sentido, la relación no es la clásica de universitaria de clase media interactuando

con mujeres pobres. Muchas de mis informantes son amigas, o como mínimo, compañeras de un camino activista que recorrimos juntas en el feminismo de Buenos Aires. Por lo tanto, no estamos hablando de las amistades que se crean en el campo sino, en cambio, de amistades o enemistades previas a la investigación y cómo lidiamos nosotras con esto.

En primer lugar, conocer el campo desde “dentro” nos permite un acceso más fácil y contar con una cantidad de información *a priori*, como quienes serán las personas que funcionarán como informantes claves. Nos aseguramos, entonces, una relación más fluida y continua con el campo. Somos, en palabras de Jodie Taylor, “*intimate insider research*”, alguien que tiene una relación pre-existente -ya sea cercana, casual o distante con los informantes- desarrollada en el mismo espacio cultural (2011, p.9).

En el caso de mi investigación comparto con muchas de las entrevistadas no sólo una cultura, sino también una identidad: la feminista. Cuando existe una amistad previa se crean complicidades y preguntas del tipo “¿te acordás Mónica cuando fuimos a tal encuentro?” Y aparecen las risas y los recuerdos. Cada entrevista es un “volver a vivir”, lo bueno y lo malo, la nostalgia del tiempo pasado y el recuerdo de quienes ya no están.

Mis entrevistadas son amigas que pasan a ser “informantes” en un diálogo enriquecedor, porque lo cotidiano tiene que ser necesariamente historizado y politizado: “*Uh, no me hagas pensar sobre eso*” o “*nunca me lo había preguntado*” les escucho decir. Es una comunicación íntima y sensible que me ayuda a reconstruir una historia con la que ellas y yo estamos involucradas.

Esa complicidad entre antropóloga e informante también puede llevar al pedido de “*eso no lo pongas*”, es decir, “*eso te lo digo como amiga y no lo podés repetir como antropóloga*”, que en ocasiones tiene que ver con acciones “clandestinas” que nunca se dieron a conocer y que es preferible que no se conozcan las autoras; pero la mayoría de las veces alude a opiniones sobre otras activistas o acontecimientos importantes.

En muchas ocasiones pongo demasiadas expectativas acerca de la posible información que puede tener una activista y me niego a creer que ella no recuerde más

detalles, y hasta arriesgo hipótesis conspirativas sobre posibles “ocultamientos”. En otras, por el contrario, las informantes me hacen recordar escenas en las que yo misma participé y que no recordaba. Recuerdo una discusión sobre cómo nos habíamos conocido con una activista, donde su versión no coincidía con la mía. En cada entrevista es como si se pasara parte de la historia de mi vida y yo también armo un rompecabezas vital junto al problema a investigar.

También puede suceder que una informante diga que tal cosa sucedió en una fecha y yo recuerde otra; o que las interpretaciones de los hechos sean muy distintas a las que pueda hacer yo. Ser parte del “adentro” no presupone necesariamente objetividad o que tengamos un modo correcto de ver la realidad bajo investigación.

La relación entre quien investiga y quien es investigada no deja nunca de ser problemática, por más que medie la amistad. Además, no todas son mis amigas por pertenecer al movimiento feminista y muchas veces mis sentimientos son contradictorios respecto a algunas mujeres. Arrastro conmigo relaciones ambiguas donde puede aparecer la hostilidad, precisamente por compartir un ámbito y ser parte de alguna de las polémicas que nos han dividido como activistas. ¿Cómo escuchar impasible las diatribas contra amigas, que son verdades a medias o simplemente mentiras? Recordando todo lo que aprendimos sobre metodología... Sí, pero es difícil.

A propósito, recuerdo las preguntas hechas a activistas sobre unas reuniones puntuales que tuvieron lugar hace más de 25 años atrás y todas ellas insistían en que habían partido de necesidades militantes, de preocupaciones surgidas desde las propias militantes y se referían a la oposición a estas reuniones como pertenecientes al ala “conservadora” del movimiento lesbofeminista. Lo que ninguna de ellas mencionó fue lo que yo había hallado en un volante de la época: que la convocatoria había sido realizada desde una organización internacional.

A esas interpretaciones del pasado que -por hacerlas desde el presente- siempre identifican y seleccionan episodios (Piña, 1999), el relato biográfico de las militantes políticas tiene, además, el plus de

significado que la trayectoria política y el marco ideológico le imprimen.

De todos modos, como feministas sabemos que metodología, reflexión y activismo son muy difíciles de separar en una investigación como la que estamos llevando a cabo y donde fundamentalmente en las entrevistas nos interesan lo que las informantes consideran “hitos”, en el sentido que Teresa Del Valle le imprime al concepto, como:

aquellas experiencias, decisiones y acontecimientos que al recordarlas se constituyen en una experiencia significativa (...) la capacidad que esos acontecimientos han tenido para desencadenar situaciones y decisiones posteriores (...) se descubren a través de las consecuencias que tuvieron en su momento, de la huella que dejaron bien a nivel individual y o colectivo (Del Valle, 1996, p.146).

Y así, registro historias emotivas y apasionantes de los cambios en la vida de las mujeres entrevistadas, cambios con los que también me siento identificada y me impulsan a seguir investigando.

ANTROPÓLOGA FEMINISTA (O ANTROPÓLOGA Y FEMINISTA)

Hace poco tiempo, en un espacio militante feminista alguien me describe alabando mis tareas docentes y mi posición en la academia, con la mejor intención como era la de proponerme para una tarea específica. Sentí un poco de ofuscación (que no manifesté, por supuesto) porque me hubiera gustado que dijera que hacía más de treinta años que militaba en el feminismo. Para mí eso me habilitaba, no el curriculum académico.

Volvemos a la pregunta formulada más arriba, ¿es posible separar a la antropóloga de la feminista, o solo la mirada de los y las otras nos definen como una u otra?

¿Cuándo estamos ante una clase, qué cosas decimos o no decimos porque somos profesoras feministas? Organizamos los contenidos y asumimos las consecuencias de nuestras elecciones e interpretaciones.

¿Cuántas de las tareas que hacemos en la academia no tienen que ver con que somos -ante todo- militantes, porque en caso contrario no las haríamos? Al menos para mí, muchas veces la exigencia de estar en

reuniones y congresos tiene que ver con la militancia, tanto como capacitar o dar charlas fuera de la universidad.

¿Por qué seguimos aceptando direcciones de tesis más allá de nuestras fuerzas si no es por ese “mandato misionero” de sumar mujeres al feminismo?

Insisto que vale la pena, porque el feminismo cambió nuestras vidas y la de muchas mujeres, como lo expresaba una entrevistada cuando me contaba los padecimientos que había sufrido cuando joven por ser lesbiana. Para que no se sienta incómoda le explico que su anonimato estaba asegurado. *Las antropólogas no ponemos los nombres de las entrevistadas*, le digo. *No me importa que aparezca mi nombre*, me responde. *Ah que bien, qué crecimiento*, agrego, porque recordaba lo que me había comentado acerca de su dificultad para “salir del armario”. Me contesta: “*gracias al feminismo*”.

REFERÊNCIAS

- CASTAÑEDA SALGADO, Martha Patricia. *Etnografía feminista*. En: BLAZQUEZ GRAF, Norma, FLORES PALACIOS, Fátima y RÍOS EVERARDO, Maribel (coords.) **Investigación feminista: epistemología, metodología y representaciones sociales**. México: UNAM, 2012, pp.217-238.
- CASTAÑEDA SALGADO, Martha Patricia. **Metodología de la investigación feminista**. Guatemala: UNAM-Fundación Guatemala, 2008.
- COSTA, Ana Alice Alcântara y SARDENBERG Cecilia. *Teoría e práxis feministas na academia*. **Estudos feministas**, núm. especial, 2º sem, pp. 387-400, 1994.
- DEL VALLE, Teresa. *Incidencia de las nuevas socializaciones en la elaboración de la memoria*. En: GONZÁLEZ ECHEVERRÍA, A. (comp.) **Epistemología y Método. VII Congreso de Antropología**, FAAE, Zaragoza, 1996, 145-152.
- FONOW, Mary y COOK, Judith. *Feminist Methodology: New Applications in the Academy and Public Policy*. **Signs**, vol. 30, núm. 4, pp. 2211-2236, 2005.
- PIÑA, Carlos. *Tiempo y memoria. Sobre los artificios del relato autobiográfico*. **Proposiciones**, Vol.29. Santiago de Chile: Ediciones SUR, 1999. Disponible

en: <http://www.sitiosur.cl/r.php?id=522>. Consultado el 29 de mayo de 2016.

TARDUCCI, Mónica. Hitos de la militancia lesbofeminista de Buenos Aires (1984-1995). En: TARDUCCI, M. (comp.) **Feminismo, lesbianismo y maternidad en Argentina**. Buenos Aires: Librería de Mujeres Editoras, 2014a, pp.37-60.

TARDUCCI, Mónica. La antropología feminista como activismo desde la academia. En: DAICH, D. (comp.) **I Coloquio Latinoamericano de Antropología Feminista**. Buenos Aires: Librería de Mujeres Editoras, 2014b, pp. 13-26.

TARDUCCI, Mónica. Las “buenas” y “malas” madres de la adopción. En: FELITTI, Karina (comp.) **Madres no hay una sola**. Experiencias de la maternidad en la Argentina actual. Buenos Aires: CICCUS, 2011a, pp. 199-209.

TARDUCCI, Mónica. La adopción. **Una aproximación desde la Antropología del Parentesco**. Buenos Aires: Librería de Mujeres Editoras, 2011b

TARDUCCI, Mónica y DAICH, Deborah Daich. La pasión no se enseña: Transmitiendo el oficio de investigar con perspectiva de género. **Revista Interamericana de Estudios Feministas**, vol. 1, núm. 1, 2011. Disponible en: http://www.ouiiohe.org/webcolam/rifged/Numero1_Investigacion_Feminista_y_Universidad.pdf

TARDUCCI, Mónica. La profesora feminista como agente de transformación. En: ESPINOSA MIÑOSO, Yuderlys (coord.) **Aproximaciones críticas a las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano**. Buenos Aires: En la Frontera, 2010, pp. 153-161.

TARDUCCI, Mónica. El aporte de la antropología a los estudios de género: reflexionando desde la experiencia. En: QUARTIM DE MORAES, João (org.) **Gênero nas fronteiras do Sul**. Campiñas: PAGU/Unicamp, 2005, pp. 57-62.